

Pablo Gonz

La saliva del tigre

Minificciones seleccionadas por su autor
para su difusión gratuita
en la sección “Escritos de hoy”
de la librería virtual Buhoss



EL DESTINO DE UN HOMBRE



Era un hombre duro, de campo, con sus defectos. Lo reclutaron para la guerra. Le enseñaron a leer. Conoció los textos de los ideólogos. Se enardeció. En la batalla decisiva destacó como un héroe. Fue ascendido a comisario del partido. Fue nombrado ministro. Murió de viejo. Se le erigió una estatua en su pueblo. Y cuando triunfó la contrarrevolución, quemaron el monumento y dispararon sobre su efigie. Luego, lo arrastraron con un tractor a las afueras. Era un hombre duro, de campo, con sus defectos.

EL GOL



Escuchó desde la cama el monstruoso grito de la ciudad; y media hora después, los primeros cantos callejeros. Se levantó, se echó la bata por los hombros y se acercó a la ventana: muchachos y muchachas con banderas, como el día en que empezó la guerra; con los puños alzados, como el día en que empezó la guerra; sonrientes, como el día en que empezó la guerra. Corrió las cortinas. Volvió al dormitorio. Se acostó. Repasó mentalmente sus provisiones.

LOS ANCIANOS...



...atravesaban la ciudad como una jauría de perros.

EL MIEDO A LA MUERTE



Cuando salimos de la ciudad, éramos siete. Cuando entramos en el bosque, éramos seis. Cuando dejamos la senda, éramos cinco. Cuando empezamos a desnudarnos, éramos cuatro. Cuando nos metimos en el lago, éramos tres. Cuando empezó a tronar, éramos dos. Y cuando él murió, partido por un rayo, yo me quedé solo, flotando sin dueño.

VIAJEROS



Aquella tarde tomaron un tren hasta el aeropuerto y se pusieron en la fila de entrega de equipajes. Llevaban dos maletas vacías, seguramente las únicas de todo el vestíbulo. Ante ellos, una mujer negra, alta y soberbia, que iba vestida de celeste y llevaba a la espalda a un bebé dormido. Más allá, descubrieron a una familia de rubios muy rubios, quizás islandeses, y a un chico de unos doce años embutido en la típica chaqueta de internado inglés. Poco después, oyeron y vieron sumarse a la fila a un empresario italiano que no dejaba de berrrear por teléfono. En resumen, no puede decirse que aquella tarde lo pasaran mal. A las seis ya estaban de vuelta en su pisito.

ELLOS



Al término de la guerra, él pasó a Francia, como tantos otros, y fue recluido en un campo de refugiados próximo a Pau. Allí conoció a una mujer, una francesa muy joven que le dio un niño. Se llamaba Margarito y murió infante.

Al término de la guerra, ella volvió a Madrid y licenció a los niños de la colonia. Su piso estaba ocupado por una familia así que se instaló con una hermana de él. No podía ejercer su profesión de maestra porque las nuevas autoridades la habían inhabilitado.

En el año 62, él regresó a España y la visitó en su casa, ya recobrada. Le contó lo sucedido. Se separaron. No podían hacer otra cosa a los ojos de la sociedad. Pero algunas tardes de otoño, cuando había mucha gente por las calles, se encontraban frente al escaparate de una ferretería y miraban las novedades con un extraño detenimiento.

EL MANCHADO



A principios de 1930, en Ozark (Alabama), nació un niño que no era ni blanco ni negro ni mulato. Tenía media cara blanca con un ojo verde que parecía talararlo todo y la otra mitad negra y sedosa como el sentimiento que le inspiraba el tesón de su madre. En su cabeza peleaban los rizos prietos con los mechones rojizos; y en su cuello oscuro moría el albor de su rostro formando algo así como una lágrima de leche. En lo demás de su cuerpo también las dos razas de su origen dibujaron su obstinado deseo de pureza: tenía un hombro y un brazo negros pero la mano blanca, al revés que el contrario; y formas que recordaban a islas y a mares repartidas por el pecho, los costados y la espalda. Sus testículos eran negros, su pene blanco; y tenía las piernas a rayas, detalle por el que de niño le llamaron El Cebrá. Más tarde, cuando creció, su apodo fue El Vaca e incluso El Picazo, en honor de aquellos caballos fuertes que solían criar los indios. Pero luego, en el servicio militar, empezaron a llamarle El Manchado, término que a él no le gustaba porque no reía la hermosura, la bondad o la fuerza de ningún animal

sino que simplemente tildaba su defecto, acrecentándolo. Por lo mismo, comenzó a sufrir y a desear el dolor de otros. Pero no llegó a ver realizado su sueño porque a mediados de los años 50, cuando se desató en Norteamérica el conflicto racial, él fue una de las primeras víctimas. Los blancos no lo querían porque indiscutiblemente no era blanco. Los negros tampoco porque no era del todo negro. Y los mulatos menos porque, según su opinión, era demasiado complaciente. Por todo lo cual, El Manchado se refugió en los bosques de Florida y en ellos vivió, principalmente de la pesca, hasta que yo lo encontré muchos años más tarde. Iba desnudo, por la orilla de un lago, y las manchas de su piel se confundían con el entrevero de luces y sombras que proyectaba el Sol entre los árboles.

TRÁNSITO



Tras una larga agonía, cuando por fin murió, vio formarse una luz sobre su cabeza. Avanzó hacia ella. Sintió frío. Lloró. Le arroparon. Le arrimaron a un pecho. Mamó.

LA AJUSTICIADA



Antes de recibir el golpe, sintió la caricia del hacha.

YEMENI



Envuelta en una magnífica parca, llega a la población una joven funcionaria extranjera, alta y rubia como un guerrero. La acompañan, naturalmente, varios representantes locales que forman en torno a ella algo así como un cordón sanitario. Avanza la curiosa célula, sobre el telón de las sonrisas infantiles, de calleja en calleja, de corral en corral, hasta detenerse junto a la dura mirada de Yemeni. Ella es Yemeni. Dieciséis años. Ha dado dos vidas. Quitó otras dos. Su pelo largo, estropajoso. Su camión de tergal sucio. Pisa el silencio de todos:

—Devuélveme mi parca, gringa de mierda.

BASADO EN UN CUENTO REAL



En un reino bendecido por el sol... En el claro de un bosque ebrio de miel... En la coqueta torre de un cómodo castillo... El camisón desgarrado de la Bella Durmiente.

NOCHES DE VALENCIA



Ella no le esperó en el aparcamiento del Hospital 9 de Octubre hasta las 2:35 de la mañana ni ordenó al tal Erwin que lo redujera a cadenas metiéndolo posteriormente en el maletero del coche. Tampoco lo llevó a un descampado que hay cerca del Polígono Industrial La Cova donde le rompieron los brazos y las piernas procediendo enseguida a arrancarle nueve dientes y a darle por culo con lo de Erwin. ¿Y por qué? Porque aquel gris cirujano nunca la recogió cuando a ella se le averió el coche volviendo de la discoteca Scala de Cullera, ciento ocho días antes, ni se desvió de la ruta para detenerse junto a una acequia donde le pegó hasta perder el resuello, violándola seguidamente.

RO/BESPIERRE



Sobre los valientes adoquines de la Place de la Révolution, orlados de sangre tibia, rueda un carruaje silencioso y a la vez chillón. Lo conduce un hombre ancho y taciturno tras el cual se discute a sovoz.

ÉL: Ya ves a lo que conduce tu estúpida idea de la libertad.

ELLA: ¡Qué sabrás tú de eso! ¡Cállate!

ÉL: Ya me callé durante demasiado tiempo. Ahora es momento de que tú me escuches.

ELLA (con ojos inexpresivos): Ya no es momento de nada.

ÉL: Con esto no termina la existencia, querida.

ELLA: ¡Ja!

Y entre tales razones llega el carruaje al cementerio de Errancis. Dos peones, uno por cada lado, comienzan a descargar los despojos. Y...

ELLA: ¡Eh! ¡No pueden enterrarnos en fosas separadas! ¡Es injusto!

ÉL: ¡Hasta nunca, Ro!

EL EL BESO BESO



Un una hombre mujer entró estaba en en un un bar
bar y y vio vio sentada llegar a a una un mujer hombre
muy muy hermosa atractivo.. Se ella acercó pestañeó a
con ella gracia,, la le miró miró a a los los ojos labios y
y se se besaron de una forma inaudita.

UN DÍA MÁS



Despierta en mitad de la noche con una brutal congoja. En la mesilla, el reloj marca las diez y diez. «Imposible», dice y se incorpora para encender la lámpara. En efecto, el despertador está al revés. Son en realidad las cuatro menos veinte. Respira hondo sonriendo y da vuelta al reloj. Luego, apaga la luz y se tumba. Pero enseguida se incorpora de nuevo, gira cuatro veces más el reloj y ríe con demencia: acaba de ganar un día.

EL VAGO



En un pueblo del centro del país, supimos la historia de un hombre que llevó hasta un extremo impensable su amor por la holganza. Era tan perezoso que un día se echó a morir en la plaza; y como vio que nadie se apiadaba de él, le pidió a unos vecinos que hicieran un cajón de pino y lo enterrasen de una vez. «De todas formas me voy a morir». Al día siguiente, el vago entró por su propio pie en el cajón, se tumbó, cruzó las manos sobre el pecho y dijo: «Ea, que empiece el entierro». Y cuatro hombres enlutados alzaron el ataúd, bastante liviano por cierto, y se lo echaron a los hombros. Jamás se había visto un entierro tan bullicioso: la gente rodeaba el cajón e increpaba al muerto con insultos de toda índole. Incluso le tiraban cosas o se acercaban a palmear las pobres tablas. «¿Qué ejemplo le estás dando a nuestros hijos?», vociferaba una buena madre. Tan llamativa era la escena, que un forastero que se asomó a la puerta de la posada para ver pasar el cortejo, se vio obligado a preguntar:

—¿Quién es el muerto? ¿Por qué lo tratan así?

—Aquí no hay ningún muerto —le respondieron—.

Es el tío Pilo que no tiene nada que comer y ha pedido que lo entierren.

Entonces, aquel forastero, convencido de que iba a realizar una buena obra, echó a correr entre la gente gritando con las manos en alto: «¡Que pare el entierro!» Y cuando el silencio se hizo en torno a él, proclamó con valentía:

—¡Yo le regalo a este hombre un saco de trigo!

Al oír esto, la masa vibró y despuntaron como piques de agua media docena de insultos dirigidos al forastero. Con ellos, nació un murmullo. Y más tarde, un crujir de tablas que dejó al tío Pilo acodado en el borde del pobre cajón que iba a servirle de ataúd:

—¿El trigo está molido? —preguntó.

—No —respondió el forastero—. Está en grano.

Y el vago, tumbándose de nuevo, sentenció:

—Bueno, pues que siga el entierro.

LADRIDOS



Anoche, el perro nos despertó con sus ladridos. Me levanté del sillón y salí al camino. Estaba ladrándole a la luna, que se erguía, con la sorda parsimonia de los astros, entre dos pinos ramudos o insolentes. Entonces dije: «¡guau!»

EL ATLETA MAGNÍFICO



Soy capaz de correr los cien metros lisos en apenas dos segundos pero necesito seis días (con sus noches) para alcanzar la velocidad necesaria.

LOS LÍDERES



Superando sus particulares prejuicios de raza, el peón del rey negro y el de dama blanca se abrazaron en mitad del tablero, dando ejemplo de hermandad a los demás peones que, avanzando como torres, alfiles e incluso como caballos, se reunieron en torno a ellos, muy alegres, para celebrar la hermosura de la paz. Sin embargo, esta actitud de las bases no gustó nada al resto de las piezas (blancas y negras) que, tras las consabidas llamadas al orden y la firma de un pacto de no agresión, pusieron sitio a los revoltosos para reducirlos por hambre. Hora tras hora, los valientes peones vieron disminuir sus fuerzas y su moral, pero cuando al fin fueron atacados, un extraño fulgor recorrió sus ojos y por medio de una cruenta batalla (que duró más de seis minutos) salieron victoriosos sobre un montoncito de serrín. ¡Oyeran ustedes los hurras de ojos desorbitados, las interminables canciones de gargantas roncadas, y los hermosos discursos que pronunciaron los líderes revolucionarios aupándose uno en otro! Lástima que aquel idiota (un simple peón de torre) lo a-

ruinara todo al decir: «Fijáos, compañeros, cuando los líderes se suben uno encima de otro, parecen un rey».

HISTORIA DEL HOMBRE QUE POR
DESCONOCER EL MECANISMO DE LA TÍPICA
BROMA QUE SE LE HACE A LOS NIÑOS Y POR
NO QUEDAR COMO UN IGNORANTE FRENTE A
SU HIJO DE CUATRO AÑOS, SE LUXÓ EL PULGAR
DE LA MANO DERECHA SIN DEJAR DE SONREÍR.



Eso.

NACE DOS VECES



En la localidad turolense de Royuela se produjo el pasado miércoles, 23 de junio, un suceso que mantiene consternada a la exigua población local. Aprovechando un descuido de su madre (atribuible quizás a la fatiga) el neonato Timoteo Lorente se zafó de su mantilla y regresó al vientre materno. Llamada de urgencia la comadrona (que por suerte no había ido muy lejos), ayudó con notable profesionalidad en estos segundos trabajos, complicados por el hecho de que el niño venía de culo.

SE SUICIDA LENTAMENTE



Por un asunto de faldas se suicidó en la tarde de ayer el Sargento Primero del Ejército del Aire, Rodrigo So-moza Llovet, quien, para dar mayor relieve a su acto, optó por realizarlo a cámara lenta. Desde que saltó del viaducto que salva la madrileña calle de Segovia y hasta que impactó fatalmente contra la vereda de los números impares (justo enfrente de la panadería San Miguel), transcurrieron veintidós minutos y once segundos. Los bomberos no llegaron a tiempo.

¡ME CAGO...



...en la reencarnación, en la transmigración de las almas y, sobre todo, en la puta disolución elemental! Esto no puede ser. Claro, sin necesidades corporales. Y además en una postura muy cómoda. ¡Pero a ver qué coño hago yo ahora, metido en esta caja, hasta el fin de los tiempos!

PASIÓN MORTAL



Desde lo alto del mesón oscuro, la radio transmite el partido. Y una lombarda entra al trote en la cocina. Trae las raíces aún húmedas y una expresión de inquietud en sus tersas y oscuras hojas. «¿Empezó hace mucho?», le pregunta a un salero que se mira las uñas junto al transistor. «Recién», responde éste. «¿Todavía no marcó nadie?» «Nadie». Y la lombarda se acomoda en un cesto junto a unos nabos que se aprietan para hacerle sitio. No habla con ellos. Ni los mira. Toda su atención es para el comentarista que gorjea las jugadas con vibrante voz. Los ojos grandes de la lombarda, sus labios trémulos, su respiración indecisa cuando el balón se acerca a una de las áreas. ¡Qué pasión! ¡Cómo se le arrugan las hojas! ¡Cómo se le encoge el tallo! ¡Cómo se le secan las raíces!

LA COMISIÓN



Llegados en una nave de color canela (algo parecido a un kiwi pero del tamaño de un campo de fútbol), los once miembros de la primera comisión alienígena que arriba a la Tierra (unos hieráticos seres de unos seis metros de altura, con la piel como corcho quemado y vestidos con túnicas de nácar) son recibidos por las autoridades locales a la entrada de Santiponce (Sevilla) y conducidos en multitudinaria procesión por la avenida de la Virgen del Rocío hacia el ayuntamiento (engalanado a toda prisa). Pero a la altura de la calle del Doctor Fleming, los comisionados (todos a un tiempo) se detienen y miran a su izquierda (hacia un taxi que hay aparcado bajo un árbol). «¿Qué pasa?», le pregunta el alcalde al intérprete (un alienígena de menor edad que los otros, a juzgar por su aspecto y su actitud algo más desenfadada). «Los Maestros quieren hablar con ese hombre», replica el intérprete. «¿Con quién? ¿Con el taxista?» «No, con el que canta por la radio». Y entonces el alcalde pregunta quién es. «Camarón de la Isla», le dicen. Y todos empiezan a reírse, viéndose obligado el primero a comunicar que Camarón está

muerto y que es imposible hablar con él. En ese instante, los comisionados (todos a un tiempo) entornan los ojos (o lo que sea) y se dan media vuelta para emprender el retorno a su nave. «Eh, ¿qué pasa? –dice el alcalde emprendiendo tras ellos un trotecillo que tiene bastante de cervuno– ¿Por qué se van?» Responde el intérprete (mucho más hierático ya): «No tenemos nada que compartir con una civilización que permite la muerte de semejante artista».

ELLAS HABLAN



—Por favor, deje su mensaje después de oír la señal,
¡iiiiic!

—¡Recarga tu móvil en todos los cajeros automáti-
cos y habla más minutos!

NANO



Mecido por altas olas, un elegante náufrago arriba a una playa y se acomoda en un sillón a ver la tele. Pasa una hora. Pasan dos. Y por fin descubre que miles de cordeles lo inmovilizan en su asiento. Aterrorizado, desvía sus ojos de la pantalla y ve a unos hombrecillos que se ríen de él con voz de cristal.

—¿Quiénes sois? —les pregunta—. ¿Hombres diminutos o imaginaciones mías?

—No —responden ellos—, somos noticias.

CAMBIAR EL MUNDO



Un joven idealista llamado Ainil se sentó en un peñón que hay en la playa de Los Enamorados y estuvo allí tres días, sin comer y sin beber, hasta que comprendió o inventó o recordó que era impotente para cambiar todo el mundo pero perfectamente capaz de cambiar parte de él. «Según la filosofía –se dijo– al cambiar una parte, el todo cambia; y según la práctica, las cosas se hacen poco a poco». Y saltó del peñón. Y el mundo cambió al recibir su hermosa huella.

ESPECIES DE SOL Y ESPECIES DE SOMBRA



Cristián Andrade nació en La Pintana (Santiago de Chile), hijo de un taxista y de una tejedora. A los quince años medía un metro ochenta y a los dieciséis corrió los 100 metros en 12 segundos. Fue campeón nacional de atletismo con diecinueve años y con veintidós obtuvo la medalla de bronce en los Juegos Panamericanos. A partir de ahí, lo único que conoció fue la degradación. Murió con cuarenta y cuatro años, alcohólico. Infarto de miocardio.

Rodolfo Vicente nació en León (España), hijo de un carnicero y de una ama de casa. A los quince años sufrió un accidente en el que perdió la pierna derecha y sólo a los dieciocho pudo volver a correr (gracias a una prótesis). Con diecinueve años bajó de los 24 segundos en los 100 metros. Y con veintitrés logró su mejor marca: 21.15. A partir de ahí se especializó en carreras largas. Nunca pudo destacar. Murió con 82 años, sereno y fibroso. Cáncer de colon.

LOS DOMINIOS DE LA MENTE



Una niña que vivía en la playa de San Ignacio le preguntó a su madre en cierta ocasión: «¿Los lobos marinos ponen huevos?» «No», respondió la mujer en tono muy seco. Y la niña echó a correr llorando hacia la playa. Y dibujó en la arena un árbol con tres ramas, y entre ellas un nido de picaflor, y en el nido un lobo marino poniendo huevos. «¡Sí!», fue su primer grito.

EL TRUENO



El Trueno era campesino pero sentía el mar como un pirata. Tenía la cara redonda, el pelo hirsuto, la barba cerrada; y en las manos llevaba tatuadas letras antiguas que le protegían de todo. Trabajaba con el hacha igual que yo con la pluma, araba con un solo buey y cuando le tocaba cargar animales muertos, siempre lo hacía burlándose de sus hermanos. Verle comer era asombroso.

Una vez, El Trueno y sus amigos nos sacaron de la zanja donde dormíamos y nos llevaron a lo alto de un monte. La luna asomaba a la izquierda, entre nubes de gasa. Delante respiraba el mar como un animal que se despierta. Y a nuestra derecha, se tendía la costa de hierro. El alba nos sorprendió envueltos en reproches. Un rayo saltó el horizonte y disipó las nubes. Sobre la línea surgieron playas negras y rocas altas. También algunas chozas que parían botes como orugas.

Nadie echó de menos al Trueno hasta que alguien le preguntó algo. Nos separamos con miedo pero enseguida lo vimos en la playa. Estaba desnudo. Corrió por las olas y se arrojó entre ellas. Sus hombros aso-

maban del agua como cascos de bronce y su espalda parecía un escudo. Sus pies dejaban una estela de nívea espuma. Imposible avanzar más rápido.

Cuando sacó la cabeza del agua, dejó de nadar. Pero todavía la corriente lo alejó un poco. Trató de volver. No pudo. Cabotó hacia el este, hacia el oeste, se internó en el mar; y entonces, una corriente benigna lo trajo de vuelta a la playa. Estaba gris, como el tronco de un chopo. Sonrió y le di mi manta. Él la dobló a lo largo, se la echó al hombro y fue a vestirse. Iba a paso lento dejando en la arena huellas profundas: no había separación entre los dedos.

UNIDOS



Una fresca tarde de verano, al señor del castillo se le antojó escuchar música. Y mandó que trajeran al arpista, encerrado por costumbre en la mazmorra. «El arpista ha muerto», le dijeron al volver. Pero el señor no respondió. Miraba, sin respirar, los undosos trigales de su feudo.

UN SUEÑO



La otra noche soñé con un reloj de arena forrado de pelos azules que se apoyaba en una mesa redonda de tres patas. Pues bien, ese objeto era un animal. Y se desplazaba (por el desierto) según los caprichos del viento.

LA NOBLEZA



En una plaza como ésta, también una tarde tibia, fui engañado con un trapo rojo, agujoneado con varas de colores y doblegado con una pica, bajo la horrible tormenta de los gritos. Luego, me atravesaron el corazón con una espada y me rendí a la injusticia contra unas tablas que no son las de la Ley. Recuerdo la blancura deslumbrante del albero y el sabor de mi último vaho, pasos ágiles y una seca punzada detrás de los cuernos. Ya me arrastran las mulas a la oscuridad amortiguada del callejón. Ya vuelvo a oler el mohó y las manos rojizas de aquel hombre. Me revuelvo en un estertor que no le asusta. «Me ha sido reservado un alto destino», pronuncio con claridad. Y tras tres años de sombras, me encuentro de nuevo aquí, listo para aplicar mi venganza. Ya resuenan los clarines, ya se abre la portilla, ya la palmea el hombre, el mismo hombre de siempre. Y yo corro hacia la luz. Con alegría.

LA AMANTE DEL POETA



El peluquero ve caer una araña en su bacín de bronce. La toma por el hilo invisible y la observa. Le llaman la atención sus ojos como de metal, su abdomen verde y sus patas negras, agudas. Con una mano la coloca sobre el mesón y con la otra empuña la navaja de afeitar. Pero en sus ojos brilla entonces el reflejo de la lámpara del poeta. «¿Qué haces con esa araña, Choz?» «La miro», responde éste. «¿Y para qué?» «Para saber lo que mato». «No la mates —dice el poeta sacando una cadenita de oro—. Te daré esto a cambio de su vida». «¡No!», grita el peluquero. Pero tiembla al ver cómo se eriza el bigote del poeta. Y cómo sus ojos toman visos metálicos. No es necesario mirar su melena para saber que está ardiendo. Humo en torno a su verde batín. Uñas que crecen deprisa en sus dedos oscuros.

EL JINETE



El vaquero de las botas negras, de los pantalones negros, de la cartuchera negra, de la camisa negra, de la cara negra, del sombrero negro, se acerca con su negro caballo al portalón y lo ata de la brida. A sus espaldas declina un sol de oro que tiñe de oro los dorados trigales de la llanura y las últimas cortinas del cielo. Silba una negra canción el forastero para hacerse notar en la cantina pero nadie sale a recibirlo. Brama el viento del oeste agitando una bandera. Silencio. Dolor. Ausencia. «Soy el jinete que asoló estas tierras. Soy la peste, a la que nadie acaricia. Dejaron atrás su bandera, su mies, sus casas. Se llevaron los caballos, los perros, a los niños. Condenado a morir de sed por ser la muerte. Condenado a la soledad y a la ceguera. Soy el jinete del Apocalipsis. Temedme y haceos a un lado».

NUESTRA AMA



Es la de los días de lluvia, la que nos deja pasar al domo y nos alimenta con grasa de hurming, la que lustra su casco de oro y zurce sus grebas de piel, la que afila sonriendo sus armas y sus dientes. Pero ella es también la de los días de sol, la que corre, horrísona, por los bosques escarchados.

EL ÚLTIMO HOMBRE



El último hombre solía sentarse en un pequeño patio donde predominaba la sombra de un limonero y el aroma distinto del azafrán. Entre el cielo límpido y la tierra oscura permanecía él, asediado por negros pensamientos. Tenía siete años de edad. Con más de cuarenta, el último hombre se aficionó a consultar el libro sagrado. Se sentaba en el centro del círculo, como había visto hacer a los sacerdotes, y pronunciaba lentamente un nombre. El azar dirigía sus respuestas. Y él trataba de encontrar líneas puras. Pero su túnica jamás refulgía. Un día, el último hombre se sumergió en la alberca de aguas harinosas y apoyó su cabeza en el borde pulido. Sobre sus ojos los arcos oscuros por los que corren insectos ignorantes. Y entonces, el astro eterno y la recta que lo abandona, aquel símbolo que siempre fue, entre el cielo límpido y la tierra oscura, entre el azar y la memoria condenada.

CÓSMICO



Ved los fúlgidos ramales de la galaxia. Y cómo se arrastran por ellos soles, lunas y planetas. Ved los núcleos negros que en su centro se forman. Y cómo de su giro monstruoso nace un chirrido de luz pura.